

Alice Kellen

El chico que dibujaba constelaciones

 Planeta



Aquellos inocentes sesenta



1

Recuerdo como si fuese ayer la primera vez que te vi.

Tuve la sensación de que un hilo invisible me obligaba a mantener los ojos sobre ti. Inquieta, caminé más rápido mientras abrazaba la bolsa de ganchillo donde llevaba una barra de pan aún caliente. Respiré hondo cuando te dejé atrás, todavía con el pulso acelerado. No supe qué fue lo que despertó aquello. Evidentemente, tú, claro. Pero me dije que tenía que deberse a algo más, como la despreocupación de tu postura, recostado como estabas sobre la fachada de un edificio. O por tu cabello rebelde y oscuro, cuando acostumbraba a ver a mis hermanos siempre con el pelo perfectamente engominado y la raya al lado. O por tu manera de sujetar el cigarrillo y mirarme con descaro.



Y tu voz. Sí, esa que escuché después detrás de mí.

—¿Necesitas ayuda? —No contesté. Apresuré el paso y tú me seguiste caminando a mi lado. Vi cómo tirabas el cigarro al suelo antes de meterte las manos en los bolsillos—. ¿Vives lejos de aquí? —Más silencio—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—No. Y gracias, pero creo que puedo sola con el pan.

Entonces contemplé por primera vez esa sonrisa tuya que me acompañaría durante el resto de mi vida. Era casi juguetona, pero cargada de intenciones. Peligrosa. Y, al mismo tiempo, reconfortante. Tanto que, cuando quise darme cuenta, me quedé embobada observándote. Por eso choqué con aquella señora malhumorada.

—¡Por todos los santos! —exclamó indignada—. ¡Mira por dónde vas, chiquilla! Estos jóvenes de hoy en día ya no saben ni cómo debe uno caminar por la acera.

Me echó una última mirada cargada de irritación antes de alejarse andando con la cabeza en alto y aires de grandeza. Entonces ocurrieron dos cosas: fui consciente de que tú me sujetabas del brazo y



también de que el pan se me había caído en un charco.

—Tengo..., tengo que llevárselo a la señora...

—No te preocupes. Compraremos otro.

—No, no. —Empecé a ponerme nerviosa—. Tiene que ser de esa panadería y estaba a punto de cerrar cuando me marché, así que...

—¿Por qué solo de esa panadería?

—Porque dice que es el mejor de la ciudad.

Sonreíste otra vez. Cerrabas un poco los ojos cuando lo hacías y me fijé en que eran oscuros como una noche sin estrellas, pero intensos, abrasadores.

—Ven conmigo, te prometo que conozco un sitio en el que hacen un pan mejor.

—Yo... no puedo. Llegaré tarde. Y ni siquiera te conozco.

—Me llamo Gabriel.

—Pero...

—Ahora es cuando tú me dices tu nombre.

—Es que... tengo que irme...

Noté que dudabas. Y luego un Citroën DS pasó por la calzada y te quedaste mirándolo como todos hacíamos por esa época cada vez que un coche así



aparecía. Pero no te mostraste anhelante contemplando las ruedas que giraban conforme se alejaba, sino tan solo pensativo y calculando tu siguiente movimiento.

—Está bien, hagamos un trato. Voy a conseguirte una barra de pan del mejor sitio que conozco y tú me esperarás aquí mientras tanto. Cuando regrese, me dirás cómo te llamas.

Estaba tan descolocada que no me salió la voz, pero asentí y me quedé allí hasta que te perdí de vista. Probablemente no sabías que no estaba acostumbrada a hablar con hombres como tú, porque a pesar de que aparentabas poco más de veinte años tenías los rasgos duros y marcados, y una seguridad a la que me costaba hacer frente.

Pero te esperé. No sé cuánto tiempo, quizá cinco o diez minutos. Esperé a pesar de que sabía que la señora Gómez se enfadaría si llegaba tarde. Pensé que aquel pequeño riesgo valía la pena. Sonaba ridículo, pero fuiste el percance más inesperado de mi vida en meses. Tenía una rutina tan marcada que pocas veces me enfrentaba a imprevistos.

Me levantaba temprano, antes de que saliese el





sol. Desayunaba pan con mermelada casera y leche que mi hermano solía traer el día anterior. Luego me marchaba a casa de los Gómez y llevaba a su hijo al colegio. Por suerte, Marcos era un niño encantador y de carácter tranquilo, nada que ver con su madre. Durante el resto de la mañana limpiaba aquella enorme casa, preparaba la comida y salía para hacer la compra. Después regresaba, servía los platos calientes en la mesa y terminaba las tareas hasta que llegaba la hora de recoger de nuevo a Marcos. Al caer la tarde, dos días a la semana asistía al colegio para adultos. El resto del tiempo ayudaba a mi madre en casa y, el domingo, si la semana había sido buena y me sobraba algo de dinero, salía con mis amigas a pasear por el centro de Valencia y comprábamos castañas asadas, maíz recién hecho o esos caramelos de nata que tanto me gustaban. Eran sin duda los mejores momentos de mi monótona existencia.

Hasta que tú apareciste, porque entonces todo cambió.

Llegaste cuando ya casi había decidido marcharme. Doblaste la esquina y volviste a sonreírme antes

de alzar en alto la bolsa de papel con la barra de pan. Los nervios regresaron con tu presencia. Notaba los dedos como entumecidos mientras intentaba abrir el monedero, y no era por el frío. Negaste con la cabeza y me obligaste a coger el pan.

—No me debes nada.

—Pero... debería...

—Insisto —susurraste.

—Muchas gracias.

Como no sabía qué más decir o hacer, me di la vuelta como una tonta y eché a caminar hacia la casa de la señora Gómez. Escuché tus pasos apresurados detrás de mí.

—¡Oye! ¿A dónde crees que vas?

—Trabajo ahí. —Señalé el edificio rojo.

—No está de más saberlo. —Sonreíste. Siempre parecías estar haciéndolo. Inspiraste hondo dando un paso hacia mí, y yo sentí que el aire a nuestro alrededor se cargaba de electricidad—. Tu nombre. Una promesa es una promesa.

—Valentina.

—Me gusta. Valentina...

En tus labios sonó diferente. Como cascabeles



agitándose. O miel derramándose. Jamás hubo nadie que pronunciase mi nombre como tú lo hacías, con delicadeza y fuerza a la vez. Aquel día memoricé el sonido y lo guardé entre nuestros primeros recuerdos.

Farfullé un rápido «tengo que irme ya» y desaparecí dentro del portal. El esfuerzo al subir las escaleras no tuvo nada que ver con lo rápido que me latía el corazón. Mientras servía en los platos el guiso de carne con guisantes de aquel día y cortaba la barra de pan en rebanadas, recordé tus ojos negros, cada gesto y palabra que habíamos compartido como si fuesen escenas fugaces de una película que deseaba memorizar.

Estaba tan absorta que casi tropecé al entrar al salón, pero logré mantener el equilibrio en el último momento y dejar el plato delante del señor Gómez. Hice un segundo viaje para servir a la señora y llevar la jarra con el zumo de naranja y el pan. Después me senté en la mesa que había en la cocina y comí un poco de lo que había sobrado, aún con aire distraído, pensando en ti, preguntándome por qué me habías impactado tanto cuando tan solo eras



otro desconocido más; uno que, probablemente, no volvería a ver.

—¡Valentina! ¿Puedes venir un momento?

Me levanté y me limpié las manos con un trapo antes de ir al salón. La señora Gómez tenía una rebanada de pan en la mano y la miraba con el ceño fruncido.

—¿Necesita algo más? —pregunté.

—Este no es el pan de siempre.

—No. Es que... —dudé nerviosa.

—No muerdo, chiquilla —gruñó ella.

—Llegué tarde. Había cerrado —mentí.

—¿Y dónde lo has comprado?

—En otro sitio que está cerca.

Miró a su marido, que seguía absorto leyendo el periódico con aire distraído, y luego volvió a fijar su astuta mirada en mí. Me estremecí. Pensé que me despediría. Pensé que me diría que no volviese al día siguiente y temblé solo de imaginar el momento en el que tendría que dar la noticia en casa, cuando no nos sobraba ni una peseta y mi padre era un hombre de paciencia escasa, más bien nula.

—Quiero que vuelvas a comprarlo.

—¿Este... este pan? —balbuceé incrédula.

—Sí. Eso es todo. Ya puedes irte.

Me giré y salí de allí a paso apresurado, aliviada y preocupada a la vez. Aliviada porque al parecer le había gustado el cambio y no iba a despedirme. Y preocupada porque solo tú sabías dónde vendían aquel pan y, o bien tenía la suerte de tropezarme de nuevo contigo, o bien debía prepararme para recorrer todas las panaderías de la zona.

De cualquier modo, ese día mi rutina se rompió.

Los cambios pequeños pueden ser significativos.

Y más cuando ese cambio fuiste tú, Gabriel.